

## VARIETADES

### LA CABECERA DE LA MESA

#### Una anécdota de *El Quijote* y un antecedente andalusí

Maḥmūd 'A. MAKKĪ

El Cairo

En el capítulo XXXI de la segunda parte de *El Quijote* se encuentra una anécdota narrada, con su habitual donaire no exento de malicia, por Sancho Panza. El ingenioso hidalgo y su hablador escudero acababan de ser acogidos por los duques en su lujoso castillo. Cuando llegó la hora de comer, doce pajes con el maestresala condujeron a nuestro caballero andante y a su donoso escudero a la sala donde habían de almorzar, junto a los duques y otro huésped, el grave eclesiástico con el cual don Quijote habría de entablar una enconada polémica. Los duques salieron a la puerta de la sala a recibir a don Quijote haciéndole mil cortesías comedimientos y, cogiéndole en medio, se fueron a sentar a la mesa.

El duque convidó a don Quijote a sentarse a la cabecera de la mesa. Aunque nuestro hidalgo se negó a ello, fue tanta la insistencia del duque que tuvo que acceder. A todo esto estaba presente Sancho que, viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y su amo para hacerlo sentar a la mesa en el puesto de honor, se le ocurrió narrar un cuento que había pasado en su pueblo acerca de esto de los asientos.

Dejaré aparte las digresiones y patochadas con las que Sancho salpicaba su narración y me limitaré al escueto relato objeto de mi interés.

Convidó un hidalgo de su pueblo, decía Sancho, a un labrador pobre pero honrado. Estando los dos para sentarse a la mesa, el labrador, que presumía de cortés y bien criado, porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa y el hidalgo porfiaba también que su huésped la tomase. Al final, el hidalgo, mohíno, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, mientras le decía «Sentaos, majagranzas, que adondequiera que yo me siente, será vuestra cabecera».

Curiosamente, el cuento sanchesco tiene un antecedente casi idéntico en la literatura andalusí. El texto figura en la obra *al-Zaharāt al-manṭūra fī nukat al-*

*ajbār al-ma'tūra*<sup>1</sup> (*Floresta de anécdotas y relatos curiosos*) del malagueño Ibn Simāk al-'Āmilī, que vivió en el reino de Granada en la segunda mitad del siglo XIV.

En la *zāhira* («flor») n.º 59 figura la anécdota que reproducimos a continuación:

ذكر أن حفيد المعتمد بن عباد حضر في وليمة بمدينة مراكش في دولة الموابطين، فلما  
دخل المجلس وجده قد غص بأهله، فجلس في أدنى المجلس، فأشار إليه من عرف منزلته  
[فقال لا]، ففعد وأنشد مرتجلاً: [من الكامل]

حيث احتلنا ثم صدر المجلس      نحن الأهل في ظلام الجديس  
ظلماً فلم يذهب بعز الأنفس      إن عاقنا صرف الزمان بجوره

Traducción:

«Se cuenta que un nieto de al-Mu'tamid b. 'Abbād asistió a un banquete en la ciudad de Marrākuš en tiempo de los almorávides. Al entrar, hallando el aposento atiborrado de invitados, se sentó donde le correspondió en una de las últimas filas. Alguien, dándose cuenta de su alto rango, le hizo señas para que se sentara en la delantera. Pero él, negándose a ello, se mantuvo sentado e improvisó estos versos:

Somos las lunas que resplandecen en las tinieblas.  
Donde nos sentamos, será siempre la cabecera.  
Si los avatares del destino han mermado nuestra gloria,  
En cambio, no nos pueden quitar la dignidad y el orgullo.»

El valenciano Ibn al-Abbār (m. 658/1260) cita los mismos versos<sup>2</sup>, pero los atribuye a un tal Abū l-Ḥasan 'Alī b. 'Umar b. Muḥammad b. Mušrif al-Hamdānī, del pueblo granadino de Ahendín, casi coetáneo del nieto de al-Mu'tamid, ya que vivió entre 492 y 540 (1099-1146), de lo cual se deja entender que el nieto del rey destronado de Sevilla se sirvió de los versos sin ser su verdadero autor. Ibn al-Abbār, además, introduce una pequeña variante en el tercer hemistiquio, ya que su versión es *إن يبخل الزمن الخئون بعزنا* («si el traidor destino se muestra avaro con respecto a nuestra dignidad»). El autor valenciano, con su refinado sentido crítico, comentó esta versión diciendo que no es apropiado hablar de la avaricia del destino. Habría sido más adecuado decir *إن يذهب الزمن الخئون بعزنا* («si el cruel destino nos ha escamoteado nuestra gloria»). Con esta corrección

<sup>1</sup> Edición crítica de Maḥmūd 'A. Makkī, Madrid, 1984, pp. 93-94.

<sup>2</sup> *Al-Ḥullā al-siyarā'*, ed. Ḥ. Mu'nīs, El Cairo, 1963, II, 216.

aparecen los mismos versos en dos obras del célebre antólogo Ibn Sa'īd, de Alcalá la Real (m. 685/1286): *al-Mugrib fī ḥulà-l-Magrib*<sup>3</sup> y *Rāyāt al-mubarrizīn*<sup>4</sup>. Ibn Sa'īd agrega en esta última obra una interesante apostilla: «cito estos versos por su exquisitez y por la fama que adquirieron tanto en Oriente como en Occidente» (لحسن منزعهما واشتهارهما شرقاً وغرباً).

Según este testimonio, la popularidad de que gozaron los citados versos y la anécdota vinculada a ellos son los que me hacen pensar que no resultaría extraño que, en los múltiples contactos culturales entre al-Andalus musulmán y la contigua España cristiana, llegaran a ser un lugar común entre ambas culturas. Cervantes podía haber accedido a la referida anécdota a través de sus conocidos contactos con algunos musulmanes moriscos o norteafricanos que eran depositarios del acervo cultural andalusí.

<sup>3</sup> *Al-Mugrib*, ed. Š. Dayf, El Cairo, 1955, II, 108.

<sup>4</sup> *Rāyāt*, ed. E. García Gómez, Madrid, 1942, p. 53 del texto y 200 de la traducción.